

parrf. 2, dice: Ius commune, ut supra dictum est, devotionis causa in Sacerdotum et fidelium gratiam in solo festo Nativ. Domini plures Missas celebrandas concedit, neque ulla lege prohibetur, quominus sacerdos pro singulis illis Missis Stipendium accipiat. Cf. Lacroix 1. 6. p. 2. n. 142. Gury edit. Ratisb. II, 383 not, et Const. Ben. XIV *Quod expensis* 26. Aug. 1748, Scav. t. III, n. 320: imo id. evidenter colligitur ex cit. Const. et op. *de Sacrif. Miss.* 1. 3. cap. 4.

BIBLIOGRAFIA.

COMPENDIUM

—THEOLOGIAE MORALIS.—

Autore

Augustino Lehmkuht, Societatis Jesu Sacerdote cum approbatione Rev. Arch. Friburg. et Sup. ordinis.

El titio altera ab auctore recognita.

Este compendio no es otra cosa que la misma obra, llamémosla grande del autor, compendiada, manifestando que su brevedad no pugna con la claridad y solidez de la primera, ni que la sinopsis y la Síntesis que de ella se hizo, no la desvirtúa. El sigue á la obra grande, capitulo á capitulo, párrafo á párrafo; y si su lectura requiere mayor explicacion, podrá entonces ocurrirse á la obra grande.

La *Civiltá Católica* hablando de este Compendio, dice que el Autor accediendo á los deseos de muchas personas caracterizadas, y á los suyos, redujo en Compendio, y en un volumen, su obra de teología moral de dos volúmenes. Los elogios, continua, que hicimos de la primera, los tributamos con justicia á la segunda.

Nadie mejor que el mismo autor podía tener aptitud y disposicion para reducir y condensar lo que había escrito sin que faltara á lo sustancial; he aquí otro mérito del autor al compendiar su primera y a-meritadísima produccion.

Ademas, el P. Lehmkuht ha tenido

buen cuidado, de que al que lea ó estudie su compendio, si no queda satisfecho, remitirlo á su obra lata donde se contiene la misma doctrina con mayor extension, con cuyo recurso podrá ampliar sus estudios y enriquecer más su entendimiento.

Al fin del Compendio viene un índice de materias que servirá de mucho al lector.

En fin, el autor, al confeccionar su Compendio, ha utilizado los trabajos del P. Villada en su obra, *Casus Conscientiae de liberalismo, etc.* aplicándolos á las circunstancias actuales y de fragante oportunidad.

Creemos que este Compendio está llamada á ser el *vade mecum* de los Sacerdotes, y quizá, quizá, á sustituir á otros en más de un Seminario.

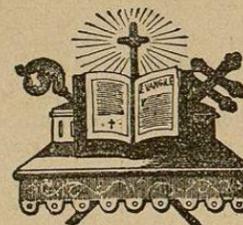
ORDENES SAGRADOS.

El dia 30 del próximo pasado se ordenaron de Presbíteros los

Sres. D. Alberto Romero,
 " " Luis Macías,
 " " Silvino Ramirez,
 Sres. D. Jesus Hueso,
 " " Jesus Rivera,
 " " Cayetano Gomez,
 " " Melesio Andrade,
 " " Emeterio Gonzalez,
 " " Manuel Aveilanedá,
 " " Mariano Meza,
 " " Marcos Ruiz,
 " " Rafael Sandoval,
 " " Arnulfo Cuevas,
 " " Enrique Torres,
 " " Alejo Carvajal,
 " " Manuel Alatorre,
 " " David R. Velasco,
 " " Romualdo Espinoza,
 " " Refugio Lepe,
 " " Ramon Flores,
 " " Manuel R. López,
 " " Timoteo Martín del Campo,
 " " Prisciliano Rojo,
 " " Jesus Valadez,
 " " Andrés Larios,
 " " Ignacio García López,
 " " Feliciano Aróchi.

COLECCION

DE DOCUMENTOS



ECLESIASTICOS.

ANT. IMP. DE N. PARGA.

RESP. FRANCISCO ZUÑIGA.

TOM. VI.

GUADALAJARA, DICIEMBRE 22 DE 1889.

NUM. 24.

SECCION I.

Discurso

DE

SU SANTIDAD LEON XIII,

DIRIGIDO

AL PRIMER GRUPO DE

PEREGRINOS FRANCESES.

Amados Hijos:

"Hace dos años, una numerosa falange de obreros venidos de Francia, se agrupaban aquí en nuestro derredor. Con ellos, y bajo los más felices auspicios, se abría entonces nuestro año jubilar, para el cual nos traían todos como primicias las manifestaciones del mundo católico. Ese dia dejó en nuestra alma dulce y fuerte impresion, queridos hijos; y las nobles palabras que en vuestro nombre acaba de dirigirnos el señor cardenal que preside esta peregrinacion, no pueden ménos que avivarla en Nos y hacerla indeleble para siempre. Sed bienvenidos. El homenaje que en este momento prestáis al Jefe supremo de la religion católica, revela el fondo de vuestro pensamiento. Habeis comprendido,— y esto os lo han dictado á un mismo tiempo vuestro corazon y vuestra inteligencia,—habeis comprendido que solamente en

la religion hallareis fuerza y consuelo, en medio de vuestras incesantes fatigas y de las miserias de aquí abajo. Sólo la religion, en efecto, abrirá vuestras almas á las esperanzas inmortales; ella sola ennoblecerá vuestro trabajo, elevándolo á la altura de la dignidad y libertad humanas. No podiais, pues, dar prueba de mayor prudencia que confiando á la religion vuestros destinos presentes y futuros. Y en este punto, Nos sentimos dichosos al confirmar aquí las palabras pronunciadas por Nos en otras circunstancias y que acabais de recordar. Aún queremos insistir, una vez más, sobre esas verdades, persuadidos, como Nos lo estamos, de que, para vosotros tambien, vuestra salud será la obra de la Iglesia y de sus enseñanzas honrosamente restablecidas en la sociedad.

"No ignorais que el paganismo había pretendido resolver el problema social despojando de sus derechos á la parte débil de la humanidad, sofocando sus aspiraciones, paralizandó sus facultades intelectuales y morales, reduciéndola al estado de absoluta impotencia. Esto era la esclavitud. El cristianismo vino á anunciar al mundo que la familia humana toda entera, sin distincion de nobles y plebeyos, estaba llamada á participar de la herencia divina; declaró que todos eran, con el mismo derecho, hijos del Padre celestial, rescatados al mismo precio; enseñó que el trabajo era en la tierra la condicion natural del hombre; que aceptarlo

vuestros hogares, y probad con vuestra conducta que en las asociaciones en que se rinde culto á los principios religiosos, reinan al mismo tiempo el amor fraterno, la paz, la disciplina, la sobriedad, el espíritu de prevision y economía doméstica. Id, y que la gracia del Señor os acompañe en todas partes, que os ayude, que os proteja, que os sostenga en vuestras fatigas, y que os aliente haciéndoos saborear, desde ahora, los inefables gozos que emanan de la virtud, y los que da la esperanza de una vida mejor en la patria de los creyentes.

“Con los ojos y las manos levantadas al cielo, Nos elevaremos todos los días por vosotros, amados hijos, esos votos, súplicas y oraciones. Entre tanto, y como prenda de los favores celestiales, Nos os concedemos la Bendición Apostólica. Os bendecimos á todos los aquí presentes, con toda la efusion de nuestro corazón de Padre. Bendecimos á vuestras esposas, hijos y familias. Bendecimos á vuestros jefes, patronos y bienhechores, así como á todas las piadosas asociaciones de que formais parte.”

Sagrada Congregacion de Indulgencias.

RESCRIPTUM quo conceditur Indulgentia centum dierum pro oratione ad gratiam implorandam servandae castitatis viris ecclesiasticis in sacris Ordinibus constitutis.

BEATISSIME PATER:

Gaussens sacerdos Dioeceseos Burdigalensis ad pedes S. V. humiliter provolutus exoptulat, ut omnibus Ecclesiasticae militiae addictis et in sacris Ordinibus jam constitutis corde saltem contrito ac devote recitantibus subnexa Orationem aliquam Indulgentiam benigne concedere dignetur.

ORATIO

Domine Jesu Christe, sponse animae meae; deliciae cordis mei, imo cor meum et anima mea, ante conspectum tuum genibus me provolvo, ac maximo animi ar-

dore te oro atque obtestor, ut mihi des servare fidem a me Tibi solemniter datam in receptione Subdiaconatus. Ideo, o dulcissime Jesu, abnegem omnem impietatem, sim semper alienus a carnalibus desideriis et terrenis concupiscentiis, quae militant adversus animam, et castitatem, Te adjuvante, intemerate servem.

O Sanctissima et Immaculata Maria, virgo virginum et mater nostra amantissima, munda in dies cor meum et animam meam, impetra mihi timorem Domini et singularem mei diffidentiam.

Sancte Joseph, custos virginitatis Mariae, custodi animam meam ab omni peccato.

Omnes sanctae virgines, divinum agnum quocumque sequentes, estote mei peccatoris semper sollicitae, ne cogitatione, verbo, aut opere delinquam et a castissimo corde Jesu unquam discedam. Amen.

SS. D. N. Leo Papa XIII in audientia habita die 16 martii 1889 ab infrascripto Secretario S. Congregationis Indulgentiarum Sacrisque Reliquiis praepositae, omnibus, de quibus in praecipuis, corde saltem contrito ac devote recitantibus propositam orationem, Indulgentiam centum dierum, defunctis quoque applicabilem, semel in die lucranda, benigne concessit. Praesenti in perpetuum valituro, absque ulla Brevis expeditione. Contrariis quibuscumque non obstantibus.

Datum Romae ex Secretaria ejusd. S. C. die 16 martii 1889.

C. CARD. CRISTOFORI, Praefectus.

✠ ALEXANDER Episcopus Oensis, Secretarius.

SECCION III.—Variedades.

PEREGRINACION A ROMA

DE LOS OBREROS FRANCESES.

El día 20 de Octubre próximo pasado llegó á Roma el primer grupo de peregrinos franceses. En la Basílica de San Pe-

dro, junto á la tumba del Pescador, fué donde primero se reunieron, en la mañana, esos peregrinos en número de cerca de dos mil, para asistir allí á la misa que en el altar de la Catedra celebró Su Emma. el cardenal Langénieux, y para recibir de su mano la santa comunión. Los artículos del Credo, expresion de ese gran acto de fé, resonaron bajo las bóvedas de la Basílica, y el canto del *Te Deum* se elevó al fin de la ceremonia, como el acento del reconocimiento de esos humildes obreros que la Iglesia sabe ennoblecer, sin excepcion de personas.

Además, el Evangelio del día acababa de recordarles el festín del padre de familia, al que todos estaban convidados, sobre todo, aquellos que parecen abandonados en las calles y encrucijadas. Asimismo, en el introito de la misa, las sublimes palabras de la liturgia les habian recordado que “el Señor es la salud de los pueblos y que, cualquiera que sea la tribulacion para que le invoquen, les oirá favorablemente, siempre que su pueblo escuche su ley y preste atento oído á las palabras de su boca.”

Estas palabras de vida iban á oirlas los obreros peregrinos, despues de su oracion sobre la tumba del Pescador, de los labios mismos del Vicario de Jesucristo, en la audiencia solemne para la cual se reunieron nuevamente á eso de las once, en la vasta sala de la *Loggia*, encima del vestíbulo de la Basílica Vaticana.

Con ellos fueron tambien admitidos á la audiencia más de mil eclesiásticos y laicos de la colonia francesa, de suerte que la inmensa sala estaba literalmente llena. No quedaba otro espacio libre que el pasillo, con doble guardia suiza, por donde debían llegar primeramente los eminentes cardenales y los obispos presentes en Roma, los personajes de la corte, y por último, el Soberano Pontífice.

En ambos lados de la sala, á lo largo de las paredes, (para no estorbar la vista á las compactas masas de los concurrentes), extendíanse las numerosas banderas

de las conferencias, círculos y asociaciones representadas en esos primeros grupos de la peregrinacion obrera. Por delicada atencion, los obreros eran precisamente quienes ocupaban los mejores puestos al frente y á los lados del trono pontifical que estaba apoyado en el centro de la pared contigua al Camarin exterior que da á la plaza de San Pedro, y de donde ya no ha descendido la bendicion sobre la Ciudad y sobre el mundo, desde 1870.

Los cardenales que precedieron algunos instantes á la llegada del Santo Padre para tomar lugar en los sillones preparados cerca del trono, fueron los Eminentísimos Ledochowski, Simeoni, Rampolla, Melchers, Langénieux, Vannutelli, Verga, De Ruggiero, D’Annibale, Cristofori, Apolloni, Macchi y Mazzella. Notábase junto á ellos á Mons. Sourrieu, obispo de Châlons; á Mons. Potron, procurador de Tierra Santa por Francia, algunos obispos misioneros y los superiores ó procuradores de los establecimientos nacionales de Francia en Roma.

Luego que el Santo Padre apareció en la entrada de la sala de la *Loggia*, en toda la majestad de su supremo poder, es decir, llevado sobre la *Sedia*, en medio de los *flabelli*, repartiendo sus bendiciones con bondad del todo paternal, y con una emocion comunicativa, un grito inmenso de entusiasmo se elevó de todas las filas de la concurrencia. Era, á no dudar, el grito de fé y devocion de la Francia católica, tan bien representada por las fuerzas vivas de sus diputaciones obreras; y este indescriptible clamor en el que se reflejaba como un destello del amor filial hácia el Papa duró hasta el momento en que Leon XIII bajó de la *Sedia* para ocupar su puesto sobre el trono.

Entónces, S. Ema. el cardenal Langénieux expresó, en nombre de todos, esos mismos sentimientos, así como la organizacion y objeto de las asociaciones obreras de Francia, los principios en que se inspiraron y las esperanzas de salud en que se fundaron para llenar sus cometidos.

valerosamente era para éste un honor y prueba de sabiduría, y que querer sus- traerse á él, era á un mismo tiempo, mos- trar cobardía y traicionar un deber sagra- do y fundamental.

“A fin de confortar más eficazmente to- davía á los pobres y trabajadores, el di- vino Fundador del Cristianismo se dignó unir el ejemplo á las palabras; no tuvo donde descansar su cabeza; probó los ri- gores del hambre y de la sed; pasó su vi- da, tanto pública como privada, en medio de las fatigas, angustias y sufrimientos. Conforme á su doctrina, el rico segun ex- presa Tertuliano, ha sido creado para ser el tesorero de Dios sobre la tierra; á él se refieren las prescripciones sobre el buen uso de los bienes temporales; contra él están las formidables amenazas del Sal- vador, si llega á cerrar su corazón ante el infortunio y la pobreza!

“Sin embargo, todo eso aún no era sufi- ciente. Había que juntar ambas clases, y establecer entre ellas un lazo religioso é indisoluble. Esta fué la parte de la ca- ridad; ella creó ese lazo social y le dió fuerza y dulzura desconocidas hasta en- tónces; ella inventó, multiplicándose á si misma, remedio para todos los males, con- suelo para todos los dolores; y ella supo, por medio de sus innumerables obras é instituciones, suscitar en favor de los des- graciados una noble emulacion de celo, generosidad y abnegacion.

“Tal fué la única solucion que, en la in- evitable desigualdad de las humanas con- diciones, podía procurar á cada cual una existencia soportable. En el trascurso de los siglos, esta solucion era universalmen- te aceptada y se imponía á todos. No hay duda que se han visto producirse actos de revuelta é insubordinacion, pero no han sido nunca sino parciales y circunscritos; la fé tenia raíces demasiado profundas en las almas, para que fuese entónces po- sible un eclipse general y definitivo. Na- die se habría permitido debatir la legiti- midad de esta base social; nadie hubiera osado formar el vasto proyecto de per- vertir en ese punto el espíritu y corazón de los pueblos y de poner su mira en la

ruina total de la sociedad. Cuáles han sido las funestas doctrinas y los aconte- cimientos que más tarde desquiciaron el edificio social tan pacientemente levanta- do por la Iglesia, Nos las hemos dicho con anterioridad; y no queremos insistir aquí sobre ellas. Lo que Nos pedimos es que se cimente de nuevo este edificio vol- viendo á las doctrinas y al espíritu del Cristianismo; haciendo revivir, al ménos en cuanto á la sustancia, en su virtud bienhechora y múltiple y bajo las formas que permitan la nuevas condiciones de los tiempos, aquellas corporaciones de ar- tes y oficios que en otra época, formadas por el pensamiento cristiano é inspirán- dose en la maternal solicitud de la Igle- sia, proveían á las necesidades materiales y religiosas de los obreros, facilitándoles trabajo, teniendo cuidado de sus ahorros y economías, defendiendo sus derechos y a- poyando en la medida deseada sus reivin- dicaciones legítimas.

“Lo que Nos pedimos es que por medio de un sincero retorno á los principios cristianos, se restablezca y consolide en- tre patrones y obreros, entre el capital y el trabajo, la armonía y unión, que son la única salvaguardia de sus recíprocos intereses, y de donde dependen, á la vez, el bienestar privado y la paz y tranqui- lidad públicas.

“En torno vuestro, amados hijos, se agi- tan millares de otros trabajadores que, seducidos por falsas doctrinas, imaginan hallar remedio á sus males en el derroca- miento de lo que constituye como la esen- cia misma de la sociedad política y civil, la destruccion y aniquilamiento de la propiedad. ¡Ilusiones vanas! Tropezar- rán con leyes inmutables que nada po- drán suprimir. Ensangrentarán los ca- minos por donde pasen, amontonando ruinas y sembrando la discordia y el de- sorden, pero con eso no harán más que agravar sus propias miserias y atraerse las maldiciones de las almas honradas. No, el remedio no está en los proyectos y actos perversos y subversivos de los unos, ni en las teorías seductoras, pero erróneas de los otros; todo él está en el

fiel cumplimiento de los deberes que in- cumben á las clases todas de la sociedad, en el respeto y salvaguardia de las fun- ciones y atribuciones propias de cada una de ellas en particular. La Iglesia tiene la mision de proclamar en alta voz y de inculcar á todas esas verdades y deberes.

“Preciso es que las clases directoras ten- gan afecto y ternura para con los que ga- nan su pan con el sudor de su frente; preciso es que pongan freno á ese insacia- ble deseo de riquezas, de lujo y de placeres que lo mismo abajo que arriba, no cesa de propagarse más y más. En efecto, en to- dos los grados se tiene sed de goces; y co- mo no á todos les es concedido satisfacer- los, resulta de ello un malestar inmenso y disgustos que tendrían por resultado la revuelta é insurreccion de una manera permanente.

“A los que tienen en sus manos el po- der, incumbe, ante todas cosas, el pene- trarse de esta verdad: que para conjurar el peligro que amenaza á la sociedad, no bastarían las leyes humanas, ni la repres- sion de los jueces, ni las armas de los sol- dados; lo que importa sobre todo, lo que es indispensable es que se deje á la Igle- sia la libertad de resucitar en las almas los preceptos divinos y de extender sobre todas las clases de la sociedad su saluda- ble influencia; que, mediante reglamen- tos y medidas sabias y equitativas, se ga- ranticen los intereses de las clases labo- riosas, se proteja la juventud, la debili- dad y la mision enteramente doméstica de la mujer, el derecho y el deber del descanso del domingo, y que de ese mo- do se favorezca en las familias como en los individuos, la pureza de costumbres, los hábitos de una vida ordenada y cris- tiana. Así lo reclama el bien público, no ménos que la justicia y el derecho natu- ral.

“A los patrones les está prescrito consi- derar al obrero como hermano, endulzar su suerte en el límite posible; y con equi- tativas condiciones velar sobre sus inte- reses, tanto espirituales como corporales; edificarlo con el buen ejemplo de una vi-

da cristiana, y sobre todo no apartarse jamás, respecto á él y en su perjuicio, de las reglas de la equidad y la justicia no te- niendo por mira aprovechamientos y ga- nancias rápidas y desproporcionadas.

“En fin, á vosotros, amados hijos míos, y á todos los de vuestra condicion, toca observar siempre una conducta digna de elogio por la fiel práctica de vuestros de- beres religiosos, domésticos y sociales. Nos habeis declarado hace un momento, y eso nos ha regocijado grandemente, que es vuestra voluntad formal someteros con resignacion al trabajo y á sus penosas consecuencias; mostráros siempre apaci- bles y respetuosos con vuestros patrones, cuya mision es procuraros labor y orga- nizarla; absteneros de todo acto capaz de turbar el orden y la tranquilidad, y por último, conservar y alimentar en vues- tros corazones, sentimientos de reconoci- miento y de filial confianza hácia la Igle- sia, que os ha librado del antiguo yugo de la esclavitud y la opresion, y hácia el Vicario de Jesucristo, que no cesa ni ce- sará nunca de velar sobre vosotros como Padre, y de informarse, de vuestros inte- reses y favorecerlos, recordando á todos sus respectivos deberes y hablándoles el lenguaje de la caridad.

“Que ese sentimiento de reconocimiento y esa devocion á la Iglesia y á su Jefe se conserven inquebrantables en vosotros y acrezcan más y más. Nuestra condicion se agrava con los años, y la necesidad, pa- ra Nos, de independencia real y verdade- ra libertad en el ejercicio de nuestro apos- tólico ministerio, se hace de día en día más evidente. Como buenos católicos, permaneced fieles, queridos hijos, á esta nobilísima causa. Hacedla vuestra, y que cada uno de vosotros, en su esfera, se ha- ga un deber de defenderla y de apresu- rar su triunfo.

“Y ahora queridos hijos, volved á vues- tra patria, á esa Francia donde á pesar de las aberraciones individuales y pasa- jeras, jamás se ha visto disminuir el fer- vor por el bien, ni palidecer la llama de la generosidad y el sacrificio. Volved á